

## La estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos de América

GEORGE W. BUSH

Las grandes confrontaciones del siglo XX entre libertad y totalitarismo finalizaron con una contundente victoria de las fuerzas de la libertad —y un único modelo sostenible para el éxito nacional: libertad, democracia y libre empresa. En el siglo XXI, sólo las naciones que compartan el compromiso de proteger los derechos humanos básicos y de garantizar la libertad política y económica serán capaces de liberar el potencial de su pueblo y asegurarle un futuro en prosperidad. En cualquier parte, la gente quiere poder expresarse libremente; elegir a sus gobernantes; expresar libremente sus creencias religiosas; educar a sus hijos, hombres y mujeres; y disfrutar de los beneficios de su trabajo. Estos valores de libertad son un derecho de toda persona, de toda sociedad —y la obligación de proteger estos valores frente a sus enemigos es un deber que tienen en común todas las personas amantes de la libertad, en todo el globo y en todas las épocas.

Hoy Estados Unidos disfruta de una posición sin igual en cuanto a poder militar y de una gran influencia económica y política. Para salvaguardar nuestra herencia y nuestros principios no necesitamos emplear la fuerza a fin de obtener una ventaja unilateral. Buscamos, por el contrario, crear un equilibrio de poder que favorezca la libertad del ser humano: las condiciones en las que todas las naciones y todas las sociedades puedan elegir por sí mismas las recompensas y los retos de la libertad política y económica. En un mundo seguro la gente podrá mejorar su vida. Defenderemos la paz luchando contra los terroristas y los tiranos. Protegeremos la paz creando buenas relaciones entre las grandes potencias. Extenderemos la paz alentando a la formación de sociedades libres y abiertas en cada continente.

Defender nuestra nación contra sus enemigos es la primera y fundamental obligación del Gobierno Federal. Hoy esa tarea ha cambiado dramáticamente. En el pasado, los enemigos necesitaban grandes ejércitos y gran potencial in-

dustrial para poner en peligro a América. Hoy redes difusas de individuos pueden traer a nuestra propia puerta el caos y el sufrimiento por menos de lo que cuesta un simple tanque. Los terroristas están organizados para penetrar en las sociedades abiertas y para volver el poder de las modernas tecnologías contra nosotros.

Con el fin de acabar con esta amenaza, debemos usar todas las herramientas de nuestro arsenal: el poder militar, la mejora de la defensa de nuestra patria, el hacer cumplir la ley, el servicio de inteligencia y los esfuerzos decididos para cortar la financiación de los terroristas. La guerra contra el terrorismo global es una empresa global cuya duración es imprecisa. América ayudará a las naciones que lo necesiten para combatir el terror. Y América responsabilizará a aquellas naciones que transijan con el terror, incluyendo a las que acogen terroristas —porque los aliados del terror son enemigos de la civilización. Estados Unidos y los países que cooperan con nosotros no vamos a permitir que los terroristas organicen nuevas bases de operaciones. Juntos impediremos que encuentren refugio en algún momento.

El peligro más grave al que se enfrenta nuestra nación está situado en el cruce entre el radicalismo y la tecnología. Nuestros enemigos han declarado abiertamente que están buscando armas de destrucción masiva, y la evidencia indica que lo están haciendo con determinación. Estados Unidos no permitirá que sus esfuerzos tengan éxito. Construiremos defensas contra misiles balísticos y otros medios de lanzamiento. Cooperaremos con otras naciones para impedir, contener y limitar los esfuerzos de nuestros enemigos por adquirir tecnologías peligrosas. Y, en función del sentido común y la propia defensa, América actuará contra tales nuevas amenazas antes de que lleguen a constituirse como tales. No podemos defender América y a nuestros amigos simplemente esperando que ocurra lo mejor. Por lo tanto, debemos estar preparados para derrotar los planes de nuestros enemigos, usando el mejor sistema de inteligencia y siguiendo adelante con decisión. La Historia juzgará con severidad a quienes viendo venir el peligro no hicieron nada. En el nuevo mundo en el que hemos entrado, el único camino para la paz y la seguridad es el camino de la acción.

Al tiempo que defendemos la paz estamos aprovechando una oportunidad histórica para conservarla. Hoy, la comunidad internacional tiene su mejor oportunidad desde el surgimiento de la nación-Estado en el siglo XVII para construir un mundo en el que las grandes potencias compitan en paz en lugar de prepararse continuamente para la guerra. Hoy las grandes potencias mundiales se encuentran en el mismo lado —unidas por peligros comunes tales como la violencia terrorista y el caos. Estados Unidos laborará por estos intereses comunes para lograr una seguridad global. Además, cada vez más nos unen unos valores comunes. Rusia está en medio de una esperanzadora transición, buscando su futuro democrático y es un compañero en la guerra contra el terror. Los líderes chinos están descubriendo que la libertad económica es la única fuente

de riqueza nacional. Con el tiempo, defenderán que la libertad política y social es la única fuente de grandeza nacional. América impulsará el avance de la democracia y la apertura económica en ambas naciones, porque éstas son las mejores bases para la estabilidad nacional y el orden internacional. Resistiremos con decisión cualquier agresión que provenga de otras grandes potencias —incluso aunque celebremos su camino pacífico a la prosperidad, el mercado y el avance cultural.

Por último, Estados Unidos aprovechará esta oportunidad para extender los beneficios de la libertad a todo el planeta. Trabajaremos activamente para traer la esperanza de la democracia, el desarrollo, la libertad de mercado y de comercio a cada rincón del mundo. Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 nos enseñaron que los Estados débiles, como Afganistán, pueden poner en gran peligro nuestros intereses nacionales igual que los Estados fuertes. La pobreza no convierte a los pobres en terroristas o asesinos. Sin embargo, la pobreza, las instituciones débiles y la corrupción hace que los Estados débiles sean vulnerables a las redes terroristas y los carteles del narcotráfico en el interior de sus fronteras.

Estados Unidos permanecerá junto a cualquier nación que esté determinada a construir un futuro mejor al tiempo que busca las recompensas de la libertad para su pueblo. La libertad de comercio y de mercado han demostrado su potencial para sacar de la pobreza a sociedades completas —por tanto, Estados Unidos trabajará con cada nación, con regiones enteras y con toda la comunidad mercantil para construir un mundo que comercie en libertad y consecuentemente crezca en prosperidad. Estados Unidos proporcionará, a través del *Informe acerca de los retos del nuevo milenio*, la mayor ayuda al desarrollo a las naciones que se gobiernen con justicia, invertirá en sus pueblos e impulsará la libertad económica. Continuaremos también guiando al mundo en los esfuerzos para reducir el terrible número de víctimas del sida y otras enfermedades infecciosas.

A Estados Unidos le guía la convicción de que para construir un equilibrio de poder que favorezca la libertad todas las naciones tienen importantes responsabilidades. Las naciones que disfrutan de libertad deben luchar activamente contra el terror. Las naciones que dependen de la estabilidad internacional deben ayudar a impedir que las armas de destrucción masiva se extiendan. Las naciones que buscan la ayuda internacional deben saber emplearla con prudencia. Si se quiere que la libertad florezca, es requisito indispensable actuar con responsabilidad.

Igualmente nos guiamos por la convicción de que ninguna nación por sí sola puede construir un mundo más seguro y mejor. Las alianzas y las instituciones multilaterales pueden multiplicar la fuerza de las naciones amantes de la libertad. Estados Unidos se siente comprometido a mantener instituciones como las Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio, la Organización de los Estados Americanos y la OTAN, así como otras alianzas vigentes desde

hace tiempo. Las coaliciones entre quienes tienen buena voluntad pueden aumentar estas instituciones permanentes. Las obligaciones internacionales deben ser tomadas seriamente en todos los casos. No se deben poner en marcha de manera simbólica para lograr el apoyo a un ideal si no se va a hacer el esfuerzo por alcanzarlo.

La libertad es una exigencia no negociable de la dignidad humana; es el derecho que tiene toda persona al nacer —en todas las civilizaciones. A lo largo de la historia, la libertad ha sido amenazada por la guerra y el terror; el enfrentamiento entre Estados poderosos y los funestos planes de los tiranos la ha puesto en peligro; y ha sido puesta a prueba por la pobreza y la enfermedad ampliamente extendidas. Hoy, la humanidad tiene en sus manos la oportunidad de impulsar el triunfo de la libertad contra todos sus enemigos. Estados Unidos recibe con alegría la responsabilidad de liderar esta gran misión.

*La Casa Blanca, 17 de septiembre de 2002*

## **I. Perspectiva general de la estrategia internacional de América**

La causa de nuestra nación siempre ha sido más grande que la defensa de nuestra nación. Luchamos, como siempre hemos luchado, por una paz justa: una paz que favorezca la libertad. Defenderemos la paz contra las amenazas provenientes de los terroristas y los tiranos. Mantendremos la paz construyendo buenas relaciones entre las grandes potencias. Y extenderemos la paz apoyando sociedades libres y abiertas en cada continente [presidente Bush, West Point, Nueva York, 1 de junio de 2002].

Estados Unidos posee una fuerza y una influencia sin igual y sin precedente en el mundo. Esta posición está sostenida gracias a la fe en los principios de la libertad y en el valor de una sociedad libre, pero al mismo tiempo se produce con unas responsabilidades, obligaciones y una oportunidad que no tienen paralelo. La gran fuerza de esta nación debe ser usada para potenciar un equilibrio de poder que favorezca la libertad.

Durante gran parte del siglo XX, el mundo estuvo dividido a causa de una gran lucha de ideas: una visión totalitaria destructiva frente a la libertad y la igualdad.

La gran batalla ha terminado. Las visiones militantes de clase, nación y raza que prometían la utopía y traían miseria han sido derrotadas y desacreditadas. América está ahora menos amenazada por Estados expansionistas que por Estados fracasados. La amenaza proveniente de armadas y ejércitos es menor que la producida por tecnologías catastróficas en manos de unos pocos frustrados. Debemos acabar con estas amenazas que se ciernen sobre nuestra nación, aliados y amigos.

Es el momento de América. Trabajaremos para que esta oportunidad de influir se materialice en décadas de paz, prosperidad y libertad. La estrategia de seguridad nacional de EE.UU. estará basada en un claro internacionalismo americano que refleje la unión entre nuestros valores y nuestros intereses nacionales. El objetivo de esta estrategia es contribuir a hacer un mundo no sólo más seguro, sino también mejor. Nuestros fines en el camino del progreso están claros: libertad política y económica, relaciones pacíficas con otros Estados y respeto hacia la dignidad humana.

Y en este camino América no está sola. Está abierta a todos.

Para lograr estos objetivos, Estados Unidos:

- defenderá las aspiraciones por la dignidad humana;
- reforzará las alianzas para derrotar al terrorismo mundial y trabajará para impedir cualquier ataque contra nosotros y nuestros amigos;
- trabajará con los demás para desactivar los conflictos regionales;
- impedirá que nuestros enemigos nos amenacen a nosotros, a nuestros aliados y a nuestros amigos con armas de destrucción masiva;
- alumbrará una nueva era de crecimiento económico global a través del libre mercado y el libre comercio;
- ampliará el círculo del desarrollo haciendo que las sociedades sean abiertas y construyendo la base estructural de la democracia;
- promoverá agendas para la acción cooperativa con otros centros importantes del poder global; y
- transformará las instituciones de la seguridad nacional americana para que sean capaces de enfrentarse a los retos y las oportunidades del siglo XXI.

## **II. Defender las aspiraciones por la dignidad humana**

Hay quienes piensan que es en cierto modo poco diplomático o descortés hablar de lo correcto y lo erróneo. No estoy de acuerdo. Diferentes circunstancias requieren métodos diferentes pero no diferentes moralidades [presidente Bush, West Point, Nueva York, 1 de junio de 2002].

Para lograr nuestros objetivos el primer imperativo que se nos plantea es clarificar qué es lo que representamos: Estados Unidos debe defender la libertad y la justicia porque cualquier persona en cualquier parte tiene derecho a estos principios. Ninguna nación posee la exclusiva propiedad de estas aspiraciones y tampoco ninguna está exenta de ellas. Todos los padres y madres en toda sociedad quieren que sus hijos reciban educación y vivan libres de la pobreza y la violencia. Ningún pueblo sobre la Tierra anhela ser oprimido, aspira a la servidumbre, o espera con ansiedad que a medianoche la policía llame a su puerta.

América debe mantener con firmeza que las exigencias de la dignidad humana son innegociables: el imperio de la ley, los límites al poder absoluto del

Estado, la libertad de expresión y de culto, una justicia igualitaria, el respeto a las mujeres, la tolerancia religiosa y étnica y el respeto a la propiedad privada.

Estas demandas se pueden satisfacer de muchas maneras. La Constitución americana ha funcionado bien. Muchas otras naciones, con historia y cultura diferentes, afrontando circunstancias diferentes, han incorporado de manera satisfactoria a sus propios sistemas de gobierno estos principios fundamentales. La Historia no ha sido amable con aquellas naciones que ignoraron o no acataron los derechos y aspiraciones de su pueblo.

La experiencia americana como una gran democracia multi-étnica reafirma nuestra convicción de que los pueblos con múltiples patrimonios culturales y religiosos pueden vivir y prosperar en paz. Nuestra propia historia ha sido una gran batalla por vivir conforme a nuestros ideales. Pero incluso en los peores momentos, los principios consagrados en la Declaración de Independencia estaban ahí para guiarnos. Por ello América no es sólo una sociedad más fuerte, sino también más libre y más justa.

Hoy, estos ideales constituyen una mano tendida a los defensores en solitario de la libertad. Y, cuando llegue el momento adecuado, impulsaremos el cambio —como hicimos en la Europa central y oriental entre 1989 y 1991, o en Belgrado en 2000. Cuando los procesos democráticos tienen lugar entre nuestros amigos en Taiwán o en la República de Corea, y cuando los gobernantes electos reemplazan a los generales en Latinoamérica y África, se demuestra cómo los sistemas autoritarios pueden evolucionar, aunando la historia local y las tradiciones con los principios que todos respetamos.

Por medio de la incorporación de las lecciones de nuestro pasado, y sacando provecho de la oportunidad que hoy se nos presenta, la estrategia para la seguridad nacional de Estados Unidos debe partir de estas creencias centrales y mirar hacia adelante a la búsqueda de las posibilidades para expandir la libertad.

Nuestros principios guiarán las decisiones de nuestro Gobierno sobre la cooperación internacional, el tipo de ayuda que debemos dar a otros países y la distribución de los recursos. Ellos guiarán nuestras acciones y nuestras palabras en los organismos internacionales.

Nosotros:

- denunciaremos con honestidad las violaciones de las innegociables exigencias de la dignidad humana usando nuestra voz y nuestro voto en las instituciones internacionales para hacer avanzar la libertad;
- usaremos nuestra ayuda internacional para impulsar la libertad y apoyar a quienes de manera no violenta luchan por ella, asegurándonos de que aquellas naciones que avanzan hacia la democracia sean recompensadas por los pasos que adoptan;
- haremos que la libertad y el desarrollo de las instituciones democráticas sean temas centrales en nuestras relaciones bilaterales, buscando la soli-

daridad y la cooperación de otras democracias al tiempo que presionamos a los gobiernos que niegan los derechos humanos para que avancen hacia un futuro mejor; y

- pondremos especial esfuerzo en impulsar la libertad religiosa y de conciencia y la defenderemos de los gobiernos represivos que la cercenan.

Apoyaremos la causa de la dignidad humana y nos enfrentaremos a quienes se opongan a ella.

### **III. Fortalecer las alianzas para derrotar el terrorismo global y trabajar para impedir que nos ataquen a nosotros y a nuestros amigos**

Justo tres días después de estos acontecimientos, los americanos aún no poseen la distancia que da la historia. Pero nuestra responsabilidad para con la historia es muy clara: responder a esos ataques y librar al mundo del mal. Se nos ha atacado furtivamente, con engaño y con asesinatos. Esta nación es pacífica, pero fiera cuando se provoca su ira. El conflicto se inició en el momento y en los términos que impusieron los otros. El conflicto acabará del modo y en el momento en que nosotros decidamos [presidente Bush, Washington, D.C. (Catedral Nacional), 14 de septiembre, 2002].

Estados Unidos participa en una guerra contra terroristas que tienen alcance global. El enemigo no es un simple régimen político, o una persona, religión o ideología. El enemigo es el terrorismo —la premeditada y políticamente motivada violencia perpetrada contra personas inocentes.

En muchas regiones existen situaciones de injusticia que impiden la emergencia de una paz duradera. Tales injusticias merecen ser, y deben ser, atendidas dentro de un proceso político. Pero no justifican el terror. Estados Unidos no hará concesiones a las demandas de los terroristas y tampoco hará tratos con ellos. No hacemos distinción entre los terroristas y quienes, conociéndoles, los protegen y les proporcionan ayuda.

La batalla contra el terrorismo global es completamente diferente a cualquier otra a lo largo de nuestra historia. Se luchará en muchos frentes contra un enemigo particularmente escurridizo y se hará durante un largo período de tiempo. El avance en esta lucha vendrá dado por la acumulación continua de éxitos —unos visibles y otros no.

Hoy, nuestros enemigos han visto los resultados de lo que las naciones civilizadas pueden y podrán hacer contra los regímenes que acogen, apoyan y usan el terrorismo para lograr sus objetivos políticos. Afganistán ha sido liberada; la coalición de fuerzas aún continúa dando caza a los talibanes y a Al Qaeda. Pero no va a ser éste el único campo de batalla contra los terroristas. Miles de terroristas entrenados permanecen sueltos en células en Norteamérica, América del Sur, Europa, África, el Medio Oriente y a lo largo de Asia.

Nuestra prioridad será obstaculizar el desarrollo y destruir las organizaciones terroristas de alcance mundial, atacando a su jefatura, órdenes y comunicaciones, material de apoyo y finanzas. Esto hará que la capacidad de los terroristas para planificar y operar se vea inutilizada.

Continuaremos animando a nuestros aliados regionales para que asuman un esfuerzo coordinado que permita aislar a los terroristas. Cuando la campaña regional localice una amenaza a un Estado concreto, nos aseguraremos de que ese Estado tenga los medios militares, políticos y financieros y las leyes necesarias para acabar con esa amenaza.

Estados Unidos seguirá trabajando con sus aliados para obstaculizar la financiación del terrorismo. Identificaremos y bloquearemos las fuentes de financiación de los terroristas, congelaremos sus cuentas y las de aquellos que les apoyen, rechazaremos el acceso de los terroristas al sistema financiero internacional, protegeremos a las organizaciones no gubernamentales legítimas para que los terroristas no se aprovechen de ellas, e impediremos el movimiento de los activos de los terroristas a través de redes financieras alternativas.

Sin embargo, no es necesario que esta campaña se realice de manera secuencial para que sea efectiva; el efecto acumulativo en todas las regiones ayudará a alcanzar los resultados buscados.

Obstaculizaremos y destruiremos las organizaciones terroristas:

- mediante una acción directa y continua que utilice todos los elementos al alcance del poder nacional e internacional. Nuestro interés inmediato será aquellas organizaciones terroristas de alcance mundial y cualquier patrocinador —ya sea individuo o un Estado— del terrorismo que trate de obtener o de usar armas de destrucción masiva (ADM) o similares;
- defendiendo a Estados Unidos, al pueblo americano, y nuestros intereses nacionales e internacionales, identificando y destruyendo la amenaza antes de que alcance nuestras fronteras. Mientras Estados Unidos de manera constante se esfuerza por conseguir el apoyo de la comunidad internacional, no dudaremos en actuar solos, si fuera necesario, ejerciendo nuestro derecho a la propia defensa y recurriendo a la acción preventiva contra los terroristas, impidiendo que hagan daño a nuestro pueblo y a nuestro país; y
- no dando respaldo, apoyo ni refugio a los terroristas, convenciendo u obligando a los Estados a que asuman sus responsabilidades soberanas.

Además, lanzaremos una guerra de ideas para ganar la batalla contra el terrorismo internacional. Esto incluye:

- utilizar toda la influencia de Estados Unidos y trabajar muy estrechamente con los aliados y amigos para dejar claro que todos los actos del terrorismo son ilegítimos y, por tanto, el terrorismo debe tener la misma

consideración que tiene la esclavitud, la piratería o el genocidio: una conducta que ningún gobierno respetable puede condonar o apoyar y a la que todos debemos oponernos;

- apoyar a los gobiernos moderados y modernos, especialmente en el mundo musulmán, para asegurar que las condiciones y las ideologías que impulsan el terrorismo no encuentran abono en ninguna nación;
- reducir las condiciones que subyacen tras el terrorismo y que lo impulsan tratando de conseguir que la comunidad internacional centre sus esfuerzos y recursos en las áreas de mayor riesgo; y
- usar de manera efectiva la acción diplomática para hacer que circulen libremente la información y las ideas de manera que despierten las esperanzas y las ansias de libertad en esas sociedades gobernadas por los patrocinadores del terrorismo mundial.

Al mismo tiempo que reconocemos que nuestra mejor defensa es un buen ataque, estamos también fortaleciendo la seguridad nacional de América para protegerla contra cualquier ataque y para detenerlo.

Esta Administración se ha propuesto la mayor reorganización gubernamental desde que la Administración Truman creó el Consejo de Seguridad Nacional y el Departamento de Defensa. Nuestro plan global de defensa nacional se centra en un nuevo Departamento de Seguridad Nacional y la inclusión de un nuevo mando militar unificado y una reordenación profunda del FBI, un plan que abarca a todos los niveles del Gobierno e incluye la cooperación entre el sector público y el privado.

Esta estrategia transformará la adversidad en oportunidad. Así, por ejemplo, los sistemas de emergencia tendrán más capacidad para hacer frente no sólo al terrorismo, sino a cualquier azar. Nuestro sistema sanitario se fortalecerá para que afronte no sólo el terrorismo bacteriológico, sino todas las enfermedades infecciosas y los peligros que ocasionen gran cantidad de víctimas. Los controles de nuestras fronteras no sólo detendrán a los terroristas, sino que perfeccionarán la eficiencia del movimiento de tráfico legítimo.

Aunque nuestro interés está centrado en la protección de América, sabemos que para derrotar al terrorismo en el mundo globalizado de hoy necesitamos el apoyo de nuestros aliados y nuestros amigos. Dondequiera que sea posible, Estados Unidos se apoyará en las organizaciones de la región y en los poderes de los Estados para que asuman sus obligaciones en la lucha contra el terrorismo. Allí donde los gobiernos consideren que la lucha contra el terrorismo excede a sus capacidades, compensaremos su fuerza de voluntad y sus recursos con cualquier tipo de ayuda que nosotros o nuestros aliados puedan proporcionarles.

Al mismo tiempo que perseguimos a los terroristas en Afganistán, continuaremos trabajando con organismos internacionales como las Naciones Uni-

das, así como con organizaciones no gubernamentales, y con otros países para ofrecer la ayuda humanitaria, política, económica y de seguridad necesaria para reconstruir Afganistán de manera que nunca jamás su pueblo sea maltratado, ni sus ciudadanos amenazados, ni los terroristas encuentren refugio en este país.

En la guerra contra el terrorismo global nunca olvidaremos que en última instancia estamos luchando en defensa de nuestros valores democráticos y nuestro modo de vida. La libertad y el temor están en guerra, y este conflicto no va a tener un final fácil ni rápido. Al estar al frente de esta campaña contra el terrorismo, estamos impulsando un nuevo tipo más productivo de relaciones internacionales y redefiniendo las existentes de manera que asuman los retos del siglo XXI.

#### **IV. Trabajar con los demás para desactivar los conflictos regionales**

O construimos un mundo de justicia, o viviremos en un mundo de coerción. La magnitud de las responsabilidades que compartimos hace que los desacuerdos parezcan insignificantes [presidente Bush, Berlín, Alemania, 23 de mayo, 2002].

Las naciones involucradas deben mantenerse comprometidas de manera activa en las disputas que tienen lugar en las regiones conflictivas para evitar que exploten a una escala mayor y para reducir al máximo el sufrimiento humano. En un mundo cada vez más interconectado, las crisis regionales pueden producir tensión en nuestras alianzas, reavivar las rivalidades entre las grandes potencias y causar afrentas horribles a la dignidad humana. Cuando la violencia estalla y los Estados fallan, Estados Unidos trabajará con sus amigos y compañeros para aliviar el sufrimiento y restaurar la estabilidad.

Ninguna doctrina puede anticipar cada una de las circunstancias en las que la actuación —directa o indirecta— de Estados Unidos está garantizada. Poseemos unos medios políticos, económicos y militares finitos para hacer frente a nuestras prioridades globales. Estados Unidos estudiará cada caso teniendo en cuenta los siguientes principios estratégicos:

- Estados Unidos debe invertir tiempo y recursos en la construcción de relaciones internacionales y de instituciones que puedan ayudar a controlar las crisis locales cuando éstas surjan.
- Estados Unidos debe ser realista acerca de su capacidad para ayudar a aquellos que no están dispuestos o no están preparados para ayudarse a sí mismos. Dónde y cuándo un pueblo asuma su compromiso, nosotros estaremos dispuestos a actuar con decisión.

El conflicto israelí-palestino es crucial debido a la cuota de sufrimiento humano que produce, a las estrechas relaciones de América con el Estado de

Israel y los principales Estados árabes, y por la importancia de la zona para otras prioridades globales de Estados Unidos. No puede haber paz para cualquiera de las partes sin libertad para ambas. América se mantiene comprometida con una Palestina independiente y democrática, que viva junto a Israel en paz y seguridad. Al igual que todos los demás pueblos, los palestinos merecen un gobierno que sirva a sus intereses y escuche sus voces. Estados Unidos seguirá animando a todos los partidos a que asuman sus responsabilidades al tiempo que buscamos un acuerdo justo y global al conflicto.

Estados Unidos, la ayuda de la comunidad internacional y el Banco Mundial están preparados para trabajar con un Gobierno palestino reformado en torno al desarrollo económico, a un aumento de la ayuda humanitaria y a un programa que establezca, financie y controle un verdadero sistema judicial independiente. Si los palestinos abrazan la democracia y el imperio de la ley, si se enfrentan a la corrupción y de manera firme rechazan el terror, entonces pueden contar con la ayuda americana para la creación de un Estado palestino.

Para Israel también es de gran interés el éxito de una Palestina democrática. La ocupación permanente amenaza la identidad y la democracia de Israel. Por ello, Estados Unidos sigue instando a los líderes israelíes para que den pasos concretos en apoyo de un Estado palestino viable y creíble. Una vez se produzcan avances en materia de seguridad, las fuerzas israelíes habrán de retirarse completamente a las posiciones anteriores al 28 de septiembre de 2000. Y en conformidad con las recomendaciones del Comité Mitchell, los asentamientos israelíes en los territorios ocupados deberán finalizar. En cuanto la violencia cese, se restaurará la libertad de movimiento, lo cual permitirá que los palestinos inocentes retomen su trabajo y su vida cotidiana. Estados Unidos puede desempeñar un papel crucial, pero en última instancia la paz duradera sólo se obtendrá cuando israelíes y palestinos resuelvan sus diferencias y se ponga fin al conflicto entre ellos.

En Asia del Sur, Estados Unidos ha puesto también el acento en la necesidad de que India y Pakistán resuelvan sus disputas. Esta Administración invirtió tiempo y recursos en la construcción de unas fuertes relaciones bilaterales con India y Pakistán. Estas fuertes relaciones nos permitieron desempeñar un papel constructivo cuando las tensiones en esta región se agudizaron. Nuestra relación bilateral con Pakistán se ha reforzado debido a que Pakistán se ha unido en la lucha contra el terror y ha optado por avanzar en la construcción de una sociedad más abierta y tolerante. La Administración Bush considera que la India tiene un gran potencial para convertirse en una de las grandes potencias democráticas del siglo XXI y trabaja con empeño para que nuestras relaciones se transformen de acuerdo con ello. Nuestra participación en esta disputa regional, que parte de las inversiones anteriores en las relaciones bilaterales, se centra en primer lugar en que India y Pakistán den pasos concretos que puedan evitar una confrontación militar.

Indonesia dio pasos valientes hacia la creación de una democracia efectiva y hacia el respeto al imperio de la ley. Al tolerar a las minorías étnicas, respetar la ley y aceptar la apertura de los mercados, Indonesia está en disposición de aprovechar el empuje de la oportunidad que a algunos de sus vecinos les ha ayudado a salir de la pobreza y la desesperación. La propia iniciativa de Indonesia es la que nos permite marcar una diferencia en nuestra ayuda.

En el hemisferio occidental hemos constituido coaliciones flexibles con países que comparten nuestras prioridades, particularmente con México, Brasil, Canadá, Chile y Colombia. Todos juntos impulsaremos un hemisferio verdaderamente democrático en el que logremos avances en seguridad, prosperidad, oportunidad y esperanza. Trabajaremos con instituciones regionales tales como el proceso de la Cumbre de las Américas, la Organización de los Estados Americanos (OEA) y los Ministerios de Defensa del continente americano en beneficio de todo el hemisferio.

Algunas partes de Latinoamérica se enfrentan a un conflicto regional, producido especialmente por la violencia de los carteles de la droga y de sus cómplices. Este incontrolado narcotráfico podría poner en peligro la salud y el bienestar de Estados Unidos. Por lo tanto, hemos desarrollado una estrategia activa para ayudar a las naciones andinas a ajustar sus economías, obligar a que se cumplan sus leyes, derrotar a las organizaciones terroristas y cortar el suministro de las drogas, a la vez —y con igual importancia— que trabajamos para reducir la demanda de drogas en nuestro país.

En Colombia reconocemos el lazo existente entre los grupos terroristas y extremistas que desafían la seguridad del Estado y las actividades del narcotráfico que financia las operaciones de estos grupos. Estamos trabajando para ayudar a Colombia en la defensa de sus instituciones democráticas y para acabar con los grupos armados ilegales tanto de la derecha como de la izquierda a través de la ampliación efectiva de la soberanía a todo el territorio nacional y proporcionar al pueblo colombiano una seguridad básica.

En África, la promesa y la oportunidad se sientan codo con codo junto a la enfermedad, la guerra y una pobreza desesperada. Esta situación es una amenaza tanto para el que es el valor central de Estados Unidos —la preservación de la dignidad humana— como para la que es nuestra prioridad estratégica —combatir el terror global. Los intereses americanos y los principios americanos, por tanto, conducen en la misma dirección: trabajar con los demás para lograr un continente africano que viva en libertad, paz y creciente prosperidad. Junto a nuestros aliados europeos debemos ayudar al fortalecimiento de los frágiles Estados africanos, a que los autóctonos sean capaces de hacer seguras unas fronteras porosas, y a poner en marcha el imperio de la ley y la infraestructura necesaria para los servicios de información que impidan el refugio a los terroristas.

Un entorno cada vez más letal se está produciendo en África conforme las guerras civiles locales se extienden más allá de las fronteras hasta crear zonas de

guerra regionales. Constituir coaliciones entre quienes estén dispuestos a ello y elaborar planes para una cooperación en materia de seguridad son aspectos centrales para hacer frente a estas amenazas emergentes de carácter transnacional.

El gran tamaño y diversidad de África requiere una estrategia de seguridad que se centre en compromisos bilaterales y se construya sobre la base de coaliciones entre quienes se apresten a ello. Esta Administración se centrará en tres estrategias interrelacionadas para la región:

- los países con un mayor impacto sobre sus vecinos tales como Sudáfrica, Nigeria, Kenia y Etiopía son clave para el compromiso regional y requieren una mayor atención;
- la coordinación con los aliados europeos y las instituciones internacionales es esencial para la mediación constructiva en un conflicto y para las operaciones de paz; y
- se debe fortalecer a aquellos Estados africanos que sean susceptibles de reforma y a las organizaciones sub-regionales, como medida primera para enfrentarse a las amenazas internacionales sobre unas bases sólidas.

Finalmente, África subsahariana se presenta como la ruta más segura hacia el progreso en el camino de la libertad política y económica. En esta región, la mayoría de las guerras se debe a disputas por los recursos materiales y el acceso al poder político, a menudo trágicamente producidas por diferencias étnicas y religiosas. La transición hacia la Unión Africana con un compromiso claro, con una correcta acción de Gobierno y una responsabilidad común en la consecución de un sistema político democrático, ofrece oportunidades para fortalecer las democracias en este continente.

#### **V. Impedir que nuestros enemigos amenacen a nuestros aliados, a nuestros amigos y a nosotros mismos con armas de destrucción masiva**

El mayor peligro para la libertad reside en la conjunción entre radicalismo y tecnología. Cuando se amplía el acceso a las armas químicas, biológicas y nucleares junto a la tecnología balística de misiles, incluso los Estados débiles y los grupos pequeños podrían alcanzar un poder de dimensiones catastróficas para golpear a las grandes naciones. Nuestros enemigos han declarado abiertamente esta intención y se les ha descubierto a la búsqueda de estas armas terribles. Quieren poder hacernos chantaje o herimos, a nosotros o a nuestros amigos, pero nos enfrentaremos a ellos con todo nuestro poder [presidente Bush, West Point, Nueva York, 1 de junio de 2002].

La naturaleza de la amenaza en la época de la guerra fría requería de Estados Unidos —junto a nuestros aliados y amigos— poner el énfasis en disuadir al enemigo para que no hiciera uso de la fuerza, lo cual produjo una nefasta estra-

tegia que aseguraba la posibilidad de la mutua destrucción. Con el colapso de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría, la situación de nuestra seguridad ha sufrido una profunda transformación.

Lo que ahora caracteriza nuestra relación con Rusia ya no es la confrontación sino la cooperación, y los dividendos de ello son evidentes: fin al equilibrio del terror que nos dividía, una reducción histórica por ambas partes de los arsenales nucleares, y una cooperación en materia de contraterrorismo y misiles de defensa, algo que hasta la fecha parecía inconcebible.

Pero han emergido unos retos totalmente nuevos producidos por Estados delincuentes [*rogue states*] y por terroristas. Ninguna de estas nuevas amenazas pueden rivalizar con el terrible poder destructivo que la Unión Soviética desplegó contra nosotros. Sin embargo, la naturaleza y las motivaciones de estos nuevos adversarios, su determinación a obtener un poder destructivo, hasta ahora sólo en manos de los Estados más poderosos, y la gran posibilidad de que usen estas armas de destrucción masiva contra nosotros, todo ello hace que hoy en día la situación de nuestra seguridad sea más compleja y peligrosa.

En los años noventa vimos el surgimiento de un pequeño grupo de Estados delincuentes que, aunque con importantes diferencias, comparten un número determinado de características:

- actúan brutalmente contra su propio pueblo y malgastan los recursos nacionales para provecho de los propios gobernantes;
- no muestran ningún respeto por las leyes internacionales, amenazan a sus vecinos y de manera cruel violan los tratados internacionales de los que forman parte;
- están decididos a adquirir armas de destrucción masiva además de otra tecnología militar avanzada, para usarlas como amenaza ofensiva con tal de conseguir sus objetivos;
- apoyan al terrorismo en todo el mundo; y
- rechazan los valores humanos y odian a Estados Unidos y a todo lo que este país representa.

En la guerra del Golfo obtuvimos pruebas irrefutables de que el interés de Irak no se limitaba sólo a las armas químicas que había usado contra Irán y contra su propio pueblo, sino que se extendía también a la adquisición de armas nucleares y biológicas. En la última década, Corea del Norte ha sido el principal proveedor mundial de misiles balísticos y ha probado la capacidad cada vez mayor de estos misiles al desarrollar su propio arsenal de ADM. Hay otros regímenes criminales que buscan también poseer armas nucleares, biológicas y químicas. La obtención de estas armas por parte de estos Estados y su participación en este mercado, se han convertido en una amenaza inminente para todas las naciones.

Debemos estar preparados para parar a estos Estados delincuentes y a sus

clientes terroristas antes de que puedan amenazarnos o usar armas de destrucción masiva contra Estados Unidos y sus aliados y amigos. Nuestra respuesta debe apoyarse en alianzas fuertes, en el establecimiento de nuevos acuerdos con anteriores adversarios, en la innovación en el uso de las fuerzas militares, en las modernas tecnologías, incluyendo el desarrollo de un sistema de misiles de defensa efectivo, y poner un mayor énfasis en la recogida de información y en su análisis por los servicios de inteligencia.

Nuestra estrategia global para combatir las AMD incluye:

- *Esfuerzos activos en pro de la no proliferación.* Debemos disuadir y defendernos contra la amenaza antes de que ésta se desencadene. Debemos asegurar que las potencialidades clave —capacidad de detección, defensa activa y pasiva y de contragolpe— formen parte de la transformación de nuestra defensa y de los sistemas nacionales de seguridad. La acción contra la proliferación también debe formar parte de la doctrina, el entrenamiento y el equipamiento de nuestras fuerzas y las de nuestros aliados para asegurar el predominio en cualquier conflicto con adversarios en posesión de AMD.
- *Fortalecer los esfuerzos de no proliferación para impedir que los Estados delincuentes y los terroristas adquieran los materiales, la tecnología y el dominio necesario para usar las armas de destrucción masiva.* Reforzaremos la acción diplomática, el control de armas, los controles multilaterales de exportación y la amenaza de la reducción de la ayuda impidiendo a los Estados y a los terroristas buscar dichas armas y, cuando sea necesario, prohibiremos la tecnología y los materiales que las posibiliten. Continuaremos forjando coaliciones para apoyar estos esfuerzos, animando a que aumente el apoyo político y financiero a la no proliferación y la amenaza de programas de reducción de la ayuda. El reciente acuerdo del G-8, comprometiéndose con 20 billones de dólares para una asociación global contra la proliferación, marca un gran paso hacia adelante.
- *Importancia de la gestión efectiva en respuesta a los efectos del uso de las ADM, ya sea por parte de los terroristas o por Estados hostiles.* El minimizar los efectos del uso de las ADM contra nuestro pueblo será una ayuda para detener a quienes posean tales armas y disuadir a quienes busquen adquirirlas haciendo ver a los enemigos que no pueden lograr sus deseados fines. Estados Unidos también debe estar preparado para responder a los efectos del uso de las ADM contra nuestras fuerzas en el extranjero, y para ayudar a nuestros amigos y aliados si son atacados.

Nos ha llevado casi una década comprender la verdadera naturaleza de esta nueva amenaza. Dados los objetivos de los Estados delincuentes y de los terroristas, Estados Unidos no puede por más tiempo confiar exclusivamente en

la capacidad de reacción tal como ha ocurrido en el pasado. La imposibilidad de disuadir a un posible atacante, la inmediatez de las amenazas de hoy en día, y la magnitud del daño potencial que podrían causar nuestros adversarios en función de las armas que eligieran, no permite ya esa opción. No podemos permitir que nuestros enemigos golpeen primero.

- En el período de la guerra fría, especialmente tras la crisis de los misiles cubanos, nos enfrentábamos a un adversario reacio al riesgo, en una situación de *status quo* generalizada. La disuasión era un defensa efectiva. Pero la disuasión basada exclusivamente en la amenaza de las represalias tiene menos posibilidades de que funcione con los líderes de Estados delincuentes que están más predispuestos a asumir riesgos, a jugar con las vidas de sus gentes y con la riqueza de su propia nación.
- Durante la guerra fría, las armas de destrucción masiva eran consideradas como armas de último recurso, cuyo uso ponía en riesgo a aquellos que las usaban. Hoy en día, nuestros enemigos ven estas armas como un tipo más entre las que elegir. Para los Estados delincuentes, estas armas son herramientas de intimidación y de agresión militar contra sus vecinos. Estas armas dan la posibilidad a estos Estados de chantajear a Estados Unidos y a nuestros aliados de impedirnos que detengamos o repelemos la conducta agresiva de los Estados delincuentes. Tal tipo de Estados considera además estas armas como su mejor herramienta para vencer la tradicional superioridad de Estados Unidos.
- La acepción tradicional de la disuasión no va a funcionar contra un enemigo terrorista cuyas tácticas confesadas son la destrucción gratuita y el uso de inocentes como objetivo; cuyos «soldados» buscan en la muerte la consideración de mártires y cuya mayor protección es ser considerados apátridas. La superposición entre los Estados que apoyan el terror y aquellos que buscan AMD nos lleva a actuar.

Durante siglos, el Derecho internacional ha reconocido que las naciones no tienen por qué sufrir un ataque para que a continuación puedan de manera legal tomar medidas para defenderse contra aquellas fuerzas que presentan un peligro inminente de ataque. Expertos en Derecho y juristas internacionales a menudo pusieron como condición para la legitimidad de la acción preventiva la existencia de una amenaza eminente —especialmente un movimiento visible de tropas, buques de guerra y fuerza aérea que se preparan para atacar.

Debemos adaptar el concepto de amenaza inminente a las capacidades y a los objetivos de los adversarios de hoy. Los Estados delincuentes y los terroristas no buscan atacarnos haciendo uso de armas convencionales. Ellos saben que tales ataques fracasarían. En su lugar cuentan con acciones terroristas y, potencialmente, con el uso de armas de destrucción masiva —armas que de manera fácil pueden ocultarse, transportarse de manera encubierta y usarse sin previo aviso.

Los objetivos de estos ataques son nuestras fuerzas militares y nuestra población civil, violando directamente una de las leyes principales de la guerra. Como se puso de manifiesto con la pérdida de vidas el 11 de septiembre de 2001, la muerte masiva de civiles es el objetivo específico de los terroristas, y estas pérdidas aumentarían de manera exponencial si los terroristas lograran adquirir y usar armas de destrucción masiva.

Estados Unidos durante mucho tiempo ha mantenido la opción de la acción preventiva para contrarrestar una amenaza a nuestra seguridad nacional. Cuanto mayor es la amenaza, mayor es el riesgo de no actuar —y por tanto, mayor es la obligación de adelantarse en la acción para defendernos, aunque haya incertidumbre en cuanto al momento y el lugar del ataque enemigo. Para prevenir o impedir este tipo de actos hostiles, Estados Unidos, si fuera necesario, utilizará la acción preventiva.

Estados Unidos no usará la fuerza en todos los casos para prevenir posibles amenazas, y tampoco las naciones deberían usar la acción preventiva como pretexto para la agresión. Sin embargo, en una época en la que los enemigos de la civilización de manera activa y abierta están a la búsqueda de las tecnologías más destructivas, Estados Unidos no puede permanecer quieto mientras los peligros se agrupan.

Siempre procederemos de manera reflexiva, sopesando las consecuencias de nuestras acciones. Para que las opciones de carácter preventivo tengan respaldo:

- mejoraremos y organizaremos de manera más integrada las armas que posee el servicio de inteligencia para que puedan dar una información más precisa y a tiempo de las amenazas, dondequiera que puedan surgir;
- nos coordinaremos más estrechamente con los aliados para tener una valoración común acerca de las amenazas más peligrosas; y
- continuaremos la transformación de nuestras fuerzas militares para asegurar nuestra capacidad de dirigir operaciones de manera rápida y precisa y así lograr resultados decisivos.

El propósito de nuestras acciones siempre será eliminar cualquier amenaza específica contra Estados Unidos o contra nuestros aliados y amigos. Las razones de nuestras acciones serán claras, la fuerza mesurada y la causa justa.

## **VI. Alumbrar una nueva era de crecimiento económico global a través del libre mercado y el libre comercio**

Cuando las naciones cierran sus mercados y la oportunidad es acaparada por unos pocos privilegiados, ninguna ayuda al desarrollo —ninguna— es suficiente. Cuando las naciones respetan a sus gentes, abren sus mercados, invierten mejor en sanidad y educación, cada dólar de la ayuda,

cada dólar procedente de los ingresos del mercado exterior y del capital interior es empleado de una manera más efectiva [presidente Bush, Monterrey, México, 22 de marzo, 2002].

Una economía mundial fuerte mejora nuestra seguridad nacional al hacer que la prosperidad y la libertad avancen en el resto del mundo. El crecimiento económico basado en el libre comercio y el libre mercado crea nuevos puestos de trabajo y mayores ingresos. Permite que la gente salga de la pobreza, espolea la reforma económica y legislativa, la lucha contra la corrupción, y refuerza el uso de la libertad.

Apoyaremos el crecimiento económico y la libertad económica más allá de nuestras fronteras. Todos los gobiernos tienen la responsabilidad de crear sus propias políticas económicas y de responder a sus propios retos económicos. Por nuestra parte, emplearemos nuestros acuerdos económicos con otros países para resaltar los aspectos positivos de aquellas políticas que generan una productividad mayor y un crecimiento económico sostenido, lo que incluye:

- el apoyo a las leyes y las políticas reguladoras que promuevan la inversión, la innovación y la actividad empresarial;
- las políticas fiscales —en particular las que rebajan las tasas impositivas marginales— que promuevan incentivos al trabajo y a la inversión;
- el imperio de la ley y la intolerancia frente a la corrupción, de manera que la gente se sienta segura para disfrutar de los frutos de sus esfuerzos económicos;
- los sistemas financieros fuertes que permitan al capital dar su mayor rendimiento;
- las políticas fiscales sólidas que apoyen la actividad empresarial;
- la inversión en sanidad y educación para mejorar el bienestar y la cualificación de la fuerza de trabajo y de la población en general;
- el libre mercado, que proporcione nuevas vías para el crecimiento e impulse la difusión de las tecnologías y las ideas que hagan crecer la productividad y las oportunidades.

Las lecciones de la historia son claras: las economías de mercado, las que no tienen el peso del control estatal, son la mejor manera para impulsar la prosperidad y reducir la pobreza. Las políticas que más lejos vayan en fortalecer los incentivos y las instituciones mercantiles, son las mejores para todas las economías —para los países industrializados, para los mercados emergentes y para el mundo en vías de desarrollo.

Un giro hacia un crecimiento económico fuerte en Europa y Japón es vital para los intereses de nuestra seguridad nacional. Queremos que nuestros aliados tengan economías fuertes por su propio bien, por el de la economía global y por el bien de la seguridad global. Los esfuerzos europeos en apartar las barreras

estructurales en sus economías son realmente importantes a este respecto, así como los esfuerzos de Japón para acabar con la deflación y afrontar los problemas de los préstamos no devueltos en el sistema bancario japonés. Continuaremos de manera regular nuestras consultas con Japón y con nuestros amigos europeos —haciéndolo también a través del Grupo de los Siete (G-7)— para discutir las políticas que han decidido adoptar con el objetivo de impulsar el crecimiento de sus economías y un crecimiento mayor de la economía global.

La mejora de la estabilidad de los mercados emergentes es clave para el crecimiento de la economía global. Los flujos internacionales de la inversión de capitales son necesarios para expandir el potencial productivo de estas economías. Estos flujos permiten a los mercados emergentes y a los países en vías de desarrollo hacer que eleven el nivel de vida y reduzcan la pobreza. Nuestro objetivo a largo plazo debería ser un mundo en el que todos los países ofrezcan diferentes tasas de crédito para la inversión que les permitan el acceso al mercado de capitales internacional e invertir en su futuro.

Estamos comprometidos con las políticas que ayuden a los mercados emergentes a lograr su acceso a los flujos de capitales más amplios al menor coste. Para ello persistiremos en aquellas reformas dirigidas a reducir la intranquilidad en los mercados financieros. Trabajaremos activamente con otros países, con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y con el sector privado para poner en marcha el Plan de Acción del G-7 negociado a principios de este año para evitar las crisis financieras y resolverlas de la manera más efectiva cuando ocurran.

El mejor modo de hacer frente a una crisis financiera es evitar que ocurra, y hemos animado al FMI a que aumente sus esfuerzos en esta línea. Continuaremos trabajando con el FMI para que racionalice las condiciones de su política de préstamos y centre su estrategia de préstamos en lograr el crecimiento económico a través de una firme política fiscal y monetaria, una política referida a los tipos de cambio y al sector financiero.

El concepto de «libre mercado» surgió como un principio moral mucho antes de que se convirtiera en un pilar de la economía. Si alguien produce algo que tiene valor para otros, entonces debería ser capaz de venderlo. Si otros producen algo que tiene valor para ti, deberías poder comprarlo. Ésta es la verdadera libertad, la libertad de una persona —o una nación— para ganarse la vida. Para promover el libre mercado, Estados Unidos ha desarrollado una estrategia completa:

- *Tomar la iniciativa a escala global.* Las nuevas negociaciones en materia de mercado global, que nosotros contribuimos a poner en marcha en Doha en noviembre de 2001, van a tener una agenda ambiciosa, especialmente en agricultura, industria y servicios, que culminará en 2005. Estados Unidos ha marcado el camino para que China y un Taiwán

democrático accedan definitivamente a la Organización Mundial del Comercio. Ayudaremos a que Rusia se una también a la OMC.

- *Presionar en las iniciativas a escala regional.* Estados Unidos y otras democracias del hemisferio occidental están de acuerdo en crear un Área de Mercado Libre de América para el año 2005. Este año, Estados Unidos abogará por unas negociaciones con sus socios sobre el acceso al mercado, centradas en la agricultura, productos industriales, servicios, inversión y adquisiciones gubernamentales. Ofreceremos, además, más oportunidades al continente más pobre, África, empezando con un aprovechamiento total de las preferencias que la ley sobre el crecimiento africano y las oportunidades permite, teniendo como objetivo el libre mercado.
- *Dar pasos hacia adelante a través de acuerdos bilaterales sobre el libre mercado.* Apoyándonos en el acuerdo de libre mercado con Jordania promulgado en 2001, esta Administración trabajará este año para completar acuerdos de libre mercado con Chile y Singapur. Nuestro objetivo es alcanzar acuerdos de libre mercado con una variedad de países desarrollados y en vías de desarrollo en todas las regiones del mundo. Para empezar, América Central, África del Sur, Marruecos y Australia serán nuestros principales centros de interés.
- *Renovar la colaboración entre el ejecutivo y el Congreso.* La estrategia comercial de cada Administración depende de una colaboración productiva con el Congreso. Tras un vacío de ocho años, esta Administración reestableció el apoyo mayoritario en el Congreso a la liberalización comercial, aprobando la Ley Mandato para la Promoción Comercial y la Ley sobre el Mercado de 2002 relativa a medidas sobre apertura de mercado para los países desarrollados. Esta Administración trabajará con el Congreso para promulgar nuevos acuerdos comerciales a escala bilateral, regional y global y que se concluirán según la ley recientemente aprobada de Autoridad para la Promoción Comercial [*Trade Promotion Authority*].
- *Promover la conexión entre mercado y desarrollo.* Las políticas comerciales pueden ayudar a los países en desarrollo a fortalecer los derechos de propiedad, la competitividad, el imperio de la ley, la inversión, la extensión del conocimiento, las sociedades abiertas, la distribución eficiente de los recursos y la integración regional, todo ello con vistas a que los países en desarrollo crezcan, tengan oportunidades y confianza. Estados Unidos está poniendo en marcha la Ley para el Crecimiento y la Oportunidad de África para que casi todos los productos producidos en los 35 países del África sub-sahariana tengan acceso al mercado. Utilizaremos esta ley y su equivalente para la zona del Caribe y trabajaremos con organizaciones de todo tipo y regionales para ayudar a que

los países más pobres aprovechen estas oportunidades. Más allá del acceso al mercado, el área más importante en la que comercio y pobreza se encuentran es en la salud pública. Garantizaremos que las leyes sobre la propiedad intelectual de la Organización Mundial del Comercio sean lo suficientemente flexibles como para permitir que las naciones en desarrollo tengan acceso a las medicinas esenciales para peligros extraordinarios del tipo del sida, la tuberculosis y la malaria.

- *Hacer cumplir los acuerdos comerciales y las leyes contra las prácticas injustas.* El comercio depende del imperio de la ley; el comercio internacional depende de que se hagan cumplir los acuerdos. Nuestras prioridades mayores son resolver las actuales disputas con la Unión Europea, Canadá y México y hacer un esfuerzo global para afrontar nuevas regulaciones sobre tecnología, ciencia y sanidad que están obstaculizando de manera innecesaria las exportaciones agrícolas y la mejora de la agricultura. Con frecuencia se ha abusado de las leyes contra las prácticas comerciales injustas, pero la comunidad internacional debe ser capaz de afrontar serios problemas en torno a los subsidios gubernamentales y la práctica del *dumping*. El espionaje industrial internacional, que socava la competición justa, debe ser detectado e impedido.
- *Ayudar en las industrias nacionales y en los ajustes laborales.* Hay una sólida red legal para estas medidas preventivas de transición que hemos empleado en el sector agrícola y que estamos usando este año para ayudar a la industria americana del acero. Los beneficios del libre mercado dependen de que se obligue a una práctica comercial justa. Estas medidas preventivas ayudan a asegurar que los beneficios del libre comercio no se producen a expensas de los trabajadores americanos. Ayudarles en este ajuste permitirá que los trabajadores se adapten al cambio y al dinamismo de los mercados abiertos.
- *Proteger el medio ambiente y a los trabajadores.* Estados Unidos debe promover el crecimiento económico de manera que proporcione una vida mejor al mismo tiempo que aumenta la prosperidad. Incorporaremos los problemas laborales y medioambientales a las negociaciones del mercado americano, creando una saludable «red» de acuerdos multilaterales sobre el medio ambiente con la OMC, y usaremos la Organización Internacional del Trabajo, los programas de preferencia comercial y las negociaciones comerciales para mejorar las condiciones de trabajo junto a un mercado más libre.
- *Reforzar la seguridad sobre la energía.* Fortaleceremos la seguridad de nuestra energía y la prosperidad compartida de la economía global trabajando con nuestros aliados, nuestros socios comerciales y los productores de energía para expandir las fuentes y los tipos de energía global que se suministra, en especial en el hemisferio occidental, África, Asia

Central y la región del Caspio. Continuaremos trabajando con nuestros socios para desarrollar tecnologías que produzcan una energía mejor y más limpia.

El crecimiento económico debería ir acompañado de unos esfuerzos globales para estabilizar las concentraciones de gases con efecto invernadero que están asociadas a este crecimiento, y hacer que se mantengan en un nivel que impida interferencias con el clima global que sean peligrosas para el hombre. Nuestro objetivo global es reducir las emisiones en América de gases con efecto invernadero en relación al tamaño de nuestra economía, reduciendo tales emisiones por unidad de actividad económica en un 18 % en los próximos 10 años, para el año 2012. Nuestras estrategias para lograr este objetivo serán:

- mantenerse comprometidos con la Convención Marco de la ONU para la cooperación internacional;
- lograr acuerdos con las industrias fundamentales para reducir las emisiones de algunos de los gases más potentes con efecto invernadero y dar créditos transferibles a las compañías que lleven a cabo estos recortes;
- desarrollar parámetros mejorados para medir y registrar las reducciones de las emisiones;
- promocionar la producción de energías renovables y la tecnología limpia del carbón, así como la energía nuclear, la cual no emite gases con efecto invernadero, al tiempo que se mejora la economía del petróleo para los coches y camiones estadounidenses;
- aumentar el gasto en investigación y en las nuevas tecnologías de conservación, hasta un total de 4,5 billones de dólares, la suma más grande jamás gastada por un país en el mundo para el cambio climático, lo que supone 700 millones de dólares más que el año pasado; y
- ayudar a los países en desarrollo, especialmente a los mayores emisores de gases efecto invernadero como China y la India, para que tengan los medios y los recursos con el objetivo unirse a este esfuerzo y sean capaces de crecer siguiendo un camino más limpio y mejor.

## **VII. Expandir el círculo del desarrollo construyendo sociedades abiertas y una infraestructura democrática**

En la Segunda Guerra Mundial luchamos para hacer un mundo más seguro, luego trabajamos para reconstruirlo. Hoy en día, al tiempo que luchamos para mantener al mundo a salvo del terror, también debemos trabajar para hacer que el mundo sea un lugar mejor para todos sus ciudadanos [presidente Bush, Washington, D.C. (Banco para el Desarrollo Inter-Americano), 14 de marzo, 2002].

Un mundo en el que algunos viven con comodidades y en la abundancia, mientras la mitad de la raza humana vive con menos de dos dólares al día, no es ni justo ni equilibrado. Incluir a todos los pobres del mundo en un círculo cada vez mayor de desarrollo —y de oportunidad— es un imperativo moral y una de las prioridades mayores de la política internacional de EE.UU.

Décadas de ayuda masiva al desarrollo han impedido que se produzca un crecimiento económico en los países más pobres. Y lo que es peor, la ayuda al desarrollo ha servido con frecuencia para sostener políticas fracasadas, al eliminar las presiones para que se lleven a cabo reformas, perpetuándose así la miseria. Los resultados de la ayuda se han medido en función de los dólares que los donantes han gastado, no por los niveles de crecimiento y de reducción de la pobreza que los receptores han alcanzado. Éstos son indicadores de una estrategia fallida.

Al trabajar con otras naciones, Estados Unidos ha de hacer frente a este fracaso. En la Conferencia de la ONU sobre la financiación al desarrollo que tuvo lugar en Monterrey forjamos un nuevo consenso sobre que los objetivos de la ayuda —y las estrategias para lograrlos— deben cambiar.

El objetivo de esta Administración es ayudar a dar rienda suelta al potencial productivo que tienen los individuos en todas las naciones. Conseguir un crecimiento sostenido y la reducción de la pobreza es imposible sin unas políticas nacionales adecuadas. En aquellos lugares en los que los gobiernos hayan puesto en marcha cambios reales en su política proporcionaremos nuevos niveles de ayuda de manera significativa. Estados Unidos y otros países desarrollados deberían establecer un objetivo ambicioso y específico: que las economías más pobres del mundo dupliquen su crecimiento en el espacio de una década.

Para alcanzar este objetivo, el gobierno de Estados Unidos pondrá en marcha las siguientes estrategias:

- *Proporcionar recursos para ayudar a los países que han aceptado el reto de llevar a cabo reformas internas.* Proponemos un aumento de un 50 % de la ayuda básica al desarrollo dada por Estados Unidos. Al tiempo que continuamos con nuestros programas actuales, que incluyen la asistencia humanitaria basada sólo en las necesidades, estos nuevos billones de dólares constituirán una nueva Partida para el Reto del Milenio [Millennium Challenge Account], destinada a proyectos en países cuyos gobiernos administren con justicia, inviertan en sus pueblos e impulsen la libre economía. Los gobiernos deben luchar contra la corrupción, respetar los derechos humanos básicos, aceptar el imperio de la ley, invertir en salud y educación, seguir políticas económicas responsables e impulsar las actividades empresariales. La Partida para el Reto del Milenio recompensará a los países que hayan cambiado realmente su política y pondrá en duda a aquellos que no han impulsado las reformas.

- *Mejorar la efectividad del Banco Mundial y otros bancos para el desarrollo elevando los niveles de vida.* Estados Unidos está comprometido con una agenda de reforma amplia que logre que el Banco Mundial y otros bancos para el desarrollo multilateral sean más efectivos en mejorar la vida de los más pobres. Hemos invertido la tendencia a la baja en las contribuciones de Estados Unidos y hemos propuesto un aumento del 18% de las contribuciones de EE.UU. a la Asociación Internacional para el Desarrollo (AID) —el fondo del Banco Mundial para los países más pobres— y al Fondo para el Desarrollo de África. La clave para elevar los niveles de vida y reducir la pobreza en todo el mundo reside en el aumento del crecimiento económico, especialmente en los países más pobres. Continuaremos presionando a los bancos para el desarrollo multilateral a fin de que se centren en actividades que aumenten la productividad económica, tales como mejoras en educación, salud, imperio de la ley y el desarrollo del sector privado. Cada proyecto, cada crédito, cada subvención, debe ser analizado bajo la perspectiva de cuánto hará crecer la productividad en los países en desarrollo.
- *Insistir en resultados que puedan ser medidos para asegurar que la ayuda al desarrollo está efectivamente marcando una diferencia en las vidas de los pobres del mundo.* En lo que se refiere al desarrollo económico, lo que realmente importa es que más niños reciban una mejor educación, que más gente tenga acceso a la asistencia sanitaria y al agua no contaminada, o que más trabajadores puedan encontrar trabajos que proporcionen un futuro mejor a sus familias. Tenemos la obligación moral de medir el éxito de nuestra ayuda al desarrollo fijándonos en si está dando resultados. Por ello, continuaremos exigiendo que nuestra propia ayuda al desarrollo, así como la ayuda de los bancos para el desarrollo multilateral, tengan unos objetivos que puedan ser medidos y unos parámetros concretos para alcanzar esos objetivos. Gracias al liderazgo de Estados Unidos, el reciente acuerdo para el reabastecimiento de la AID establece un sistema de supervisión y de evaluación que mida el progreso en los países receptores de la ayuda. Por primera vez los donantes van a poder vincular una parte de sus contribuciones a la AID a los resultados reales que se alcancen en el desarrollo, y parte de la contribución de Estados Unidos está vinculada de esta manera. Nos esforzaremos por asegurar que el Banco Mundial y otros bancos para el desarrollo multilateral actúan según esta línea de progreso de manera que centrarse en los resultados forme parte integral de todo lo que estas instituciones hacen.
- *Aumentar la cantidad de las subvenciones para la asistencia al desarrollo en lugar de los créditos.* Un uso mayor de las subvenciones basadas en los resultados es la mejor manera de ayudar a que los países más

pobres realicen inversiones productivas, de manera particular en el sector social, sin que de este modo se les cargue con deudas cada vez más pesadas. Como consecuencia del liderazgo de Estados Unidos, el reciente acuerdo de la AID ha asegurado incrementos en los fondos de subvenciones para los países más pobres en materia de educación, sida, salud, alimentación, agua, condiciones sanitarias y otras necesidades esenciales. Nuestro objetivo es trabajar en esta línea de progreso a través del aumento de las subvenciones en los otros bancos para el desarrollo multilateral. Vamos a desafiar a las universidades, a instituciones sin ánimo de lucro y al sector privado a que se unan a los esfuerzos del Gobierno haciendo uso de las subvenciones para apoyar proyectos de desarrollo que aporten resultados.

- *Abrir las sociedades al comercio y a la inversión.* El comercio y la inversión son los motores reales del crecimiento económico. Aunque la ayuda gubernamental crezca, la mayor parte del dinero para el desarrollo debe provenir del comercio, del capital interior y de la inversión exterior. Además, para que una estrategia sea efectiva, se debe intentar que estos motores fluyan y se extiendan. El libre mercado y el libre comercio son prioridades esenciales de nuestra estrategia para la seguridad nacional.
- *Asegurar la salud pública.* El nivel de crisis de la salud pública en los países pobres es inmenso. El crecimiento y el desarrollo estarán amenazados en los países que se ven afectados por epidemias y pandemias como el sida, la malaria y la tuberculosis, hasta que no se detengan estos azotes. Son necesarios los recursos procedentes del mundo desarrollado, pero serán más efectivos si se controlan honestamente, lo que supone apoyo a programas de prevención y provisión de una infraestructura local efectiva. Estados Unidos ha apoyado con decisión el nuevo fondo global para el sida, organizado por Kofi Annan, secretario general de la ONU, centrado en combinar la prevención con una estrategia más amplia dirigida al tratamiento médico y al cuidado. Estados Unidos ya contribuye con más del doble de dinero a tales esfuerzos, como el mayor donante después de la ONU. Si el fondo global cumple su promesa, estamos listos para dar incluso más.
- *Poner énfasis en la educación.* La alfabetización y el aprendizaje son las bases de la democracia y el desarrollo. Sólo en torno a un 7 % de los recursos del Banco Mundial se dedican a educación. Esta proporción debe aumentarse. Estados Unidos incrementará sus propias aportaciones para la ayuda en educación al menos un 20 %, poniendo énfasis en mejorar la educación básica y la formación del profesorado en África. Estados Unidos puede además aportar información tecnológica a estas sociedades, muchos de cuyos sistemas educativos han sido devastados por el sida.

- *Continuar con la ayuda al desarrollo agrícola.* Las nuevas tecnologías, incluyendo la biotecnología, tienen un potencial enorme para mejorar la producción de cultivos en los países en desarrollo al usar menos pesticidas y menos agua. El uso de una ciencia sólida permitirá que Estados Unidos contribuya a que estos beneficios lleguen a 800 millones de personas, incluyendo 300 millones de niños, que todavía padecen hambre y malnutrición.

### **VIII. Promover agendas para la acción cooperativa con otros centros importantes del poder global**

Desde el surgimiento de la nación-Estado en el siglo XVII, tenemos ahora la mejor oportunidad para construir un mundo en el que las grandes potencias compitan en paz en lugar de prepararse para la guerra [presidente Bush. West Point, Nueva York, 1 de junio, 2002].

América impulsará sus estrategias organizando coaliciones —tan amplias como se pueda— de Estados que puedan y estén dispuestos a promover un equilibrio de poder que favorezca la libertad. Un liderazgo eficaz de una coalición requiere tener unas prioridades claras, un reconocimiento de los intereses de los otros y consultas entre los socios con espíritu humilde.

Es poco lo que Estados Unidos puede llevar a cabo en el mundo y cuyos resultados perduren sin la cooperación sostenida de sus aliados y amigos de Canadá y Europa. Europa es además la sede de dos de los más fuertes y más poderosos organismos internacionales en el mundo: la Organización para el Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la cual, desde sus inicios, ha sido el punto de apoyo de la seguridad transatlántica e inter-europea, y la Unión Europea (UE), nuestro socio en el mercado mundial.

Los ataques del 11 de septiembre fueron además un ataque a la OTAN, como la propia OTAN reconoció cuando invocó por primera vez la cláusula de autodefensa en su artículo 5. La misión central de la OTAN —la defensa colectiva de la alianza transatlántica de las democracias— sigue siendo la misma, pero la OTAN debe promover nuevas estructuras y capacidades para llevar a cabo esa misión ante nuevas circunstancias. La OTAN debe dotarse —a corto plazo— de unas fuerzas especialmente entrenadas, y con alta movilidad allá donde se requiera, capaces de responder a cualquier amenaza a cualquier miembro de la alianza.

La alianza debe ser capaz de actuar dondequiera que nuestros intereses estén amenazados, creando coaliciones bajo el propio mandato de la OTAN, así como participar en coaliciones para misiones específicas. Para lograr esto, debemos:

- ampliar la participación en la OTAN a aquellas naciones democráticas que desean y están dispuestas a compartir la tarea de defender y avanzar en nuestros intereses comunes;
- asegurar que las fuerzas militares de las naciones de la OTAN aporten contribuciones adecuadas para el combate en una coalición para la guerra;
- llevar a cabo procesos planificados que permitan que esas contribuciones lleguen a ser fuerzas militares multinacionales efectivas;
- aprovechar las ventajas tecnológicas y las economías de escala invertidas en nuestra defensa para transformar las fuerzas militares de la OTAN de manera que dominen a unos potenciales agresores y reduzcan nuestra vulnerabilidad;
- racionalizar y aumentar la flexibilidad de las estructuras de mando para hacer frente a nuevas demandas operacionales y a las exigencias requeridas por el entrenamiento, la integración y la experimentación con una nueva configuración de las fuerzas militares; y
- mantener la capacidad para trabajar y luchar juntos como aliados al tiempo que damos los pasos necesarios para transformar y modernizar nuestras fuerzas.

Si la OTAN logra llevar a cabo estos cambios, la recompensa será una asociación tan fundamental para la seguridad y los intereses de sus Estados miembros como lo fue durante la guerra fría. Mantendremos una perspectiva común sobre las amenazas a nuestra sociedad y mejoraremos nuestra capacidad para adoptar acciones comunes en defensa de nuestras naciones y sus intereses. Al mismo tiempo, acogemos con satisfacción los esfuerzos de nuestros aliados europeos por impulsar una política exterior y una identidad defensiva con la UE, y nos comprometemos a llevar a cabo estrechas consultas para asegurar que estos esfuerzos también se ponen en marcha con la OTAN. No podemos permitir perder esta oportunidad de preparar lo mejor posible a la familia de las democracias transatlánticas para los retos que están por venir.

Los ataques del 11 de septiembre dieron energía a las alianzas asiáticas de América. Australia invocó el Tratado ANZUS [pacto militar entre Australia, Nueva Zelanda y EE.UU. de 1951] para declarar que el 11 de septiembre constituyó una ataque a la propia Australia, y a esta histórica decisión le siguió el envío de algunas de las fuerzas de combate más preparadas del mundo para la Operación Libertad Duradera. Japón y la República de Corea hicieron aportaciones de apoyo logístico militar de nivel sin precedente a las pocas semanas del ataque terrorista. Hemos profundizado en la cooperación contraterrorista con nuestros aliados en Tailandia y Filipinas y hemos recibido una ayuda inestimable de amigos tan próximos como Singapur y Nueva Zelanda.

La guerra contra el terrorismo ha demostrado que las alianzas de América en Asia no sólo sustentan la paz y la estabilidad en la región, sino que son alianzas

flexibles y preparadas para afrontar nuevos retos. Para mejorar nuestras alianzas y asociaciones en Asia:

- miraremos que Japón continúe ejerciendo un papel dirigente en los asuntos regionales y globales basados en intereses comunes, en valores comunes y en una estrecha cooperación en materia de defensa y diplomática;
- trabajaremos con Corea del Sur en el mantenimiento de una vigilancia hacia Corea del Norte, al tiempo que preparamos nuestra alianza para contribuir a una mayor estabilidad de la región a más largo plazo;
- apoyándonos en los 50 años de cooperación entre Estados Unidos y Australia, continuaremos trabajando juntos para resolver los problemas de la región y los globales —como lo hemos hecho tantas veces desde la batalla del mar de Coral a la de Tora Bora;
- mantendremos fuerzas en la región que muestren nuestro compromiso con nuestros aliados, nuestras exigencias, nuestros avances tecnológicos y el entorno estratégico; y
- nos apoyaremos en la estabilidad que estas alianzas proporcionan así como en instituciones tales como ANSEA y el Foro de Cooperación Económica de Asia y el Pacífico, para desarrollar unas estrategias mixtas regionales y bilaterales que controlen el cambio en esta dinámica región.

Estamos atentos a la posible renovación de los viejos modelos de competición entre las grandes potencias. Varias posibles potencias están inmersas en una etapa de transición —las más importantes: Rusia, India y China. En estos tres casos, recientes transformaciones nos abren la esperanza de que un verdadero consenso global en torno a unos principios básicos está tomando forma poco a poco.

Con Rusia ya estamos construyendo una nueva relación estratégica basada en una evidente realidad del siglo XXI: que Estados Unidos y Rusia ya no son adversarios estratégicos. El Tratado de Moscú sobre Reducción de Armas Estratégicas es emblemático de esta nueva realidad y refleja un cambio esencial en la manera de pensar de Rusia, lo cual abre la perspectiva de unas relaciones productivas y a largo plazo con la comunidad euro-atlántica y Estados Unidos. Los dirigentes de Rusia poseen un juicio realista acerca de la debilidad actual de su país y de las políticas —internas y externas— que hacen falta para cambiar radicalmente esta debilidad. Ellos son cada vez más conscientes de que las concepciones durante la guerra fría no sirven para sus intereses nacionales y de que los intereses estratégicos rusos y americanos coinciden en muchas áreas.

La política de Estados Unidos tiene interés en aprovechar este cambio en el pensamiento de Rusia para darle un nuevo enfoque a nuestra relación y que se centre en los nuevos retos e intereses potenciales comunes. Estamos amplian-

do nuestra ya extensa cooperación en la guerra global contra el terrorismo. Estamos contribuyendo a la entrada de Rusia en la Organización Mundial del Comercio, sin que se rebajen los niveles para el acceso, para impulsar relaciones comerciales bilaterales e inversiones que sean beneficiosas. Hemos creado el Consejo OTAN-Rusia con el objetivo de profundizar en la cooperación en materia de seguridad entre Rusia, nuestros aliados europeos y nosotros mismos. Persistiremos en el refuerzo de la independencia y la estabilidad de los Estados de la antigua Unión Soviética en la creencia de que un entorno próspero y estable reforzará el creciente compromiso de Rusia con su integración en la comunidad euro-atlántica.

Al mismo tiempo somos realistas acerca de las diferencias que aún nos separan de Rusia y sobre el tiempo y el esfuerzo que llevará construir una asociación estratégica duradera. Una desconfianza persistente hacia nuestros motivos y nuestras políticas por parte de las élites rusas hace que el ritmo de nuestras relaciones vaya más lento. El compromiso desigual de Rusia con los valores básicos de la democracia de libre mercado y la actuación dudosa en el combate contra la proliferación de las armas de destrucción masiva, son aspectos que nos preocupan. La gran debilidad de Rusia limita las oportunidades para la cooperación. No obstante, esas oportunidades son mucho más grandes ahora que en años anteriores —o incluso décadas.

Estados Unidos ha emprendido una transformación en sus relaciones bilaterales con la India basada en la convicción de que nuestros intereses requieren una fuerte asociación con la India. Somos las dos naciones democráticas más grandes, comprometidas con la libertad política protegida por un Gobierno representativo. India se está moviendo al mismo tiempo hacia una mayor libertad económica. Tenemos un interés común en que el comercio fluya libremente, incluyendo las rutas marítimas vitales del océano Índico. Por último, compartimos un mismo interés en la lucha contra el terrorismo y en la creación de una Asia estratégicamente estable.

Persisten algunas diferencias, entre las que se encuentran el desarrollo por parte de la India de programas nucleares y de misiles, y en el ritmo de las reformas económicas. Pero mientras en el pasado estos problemas podían haber marcado nuestra consideración de la India, hoy en día percibimos a la India como una potencia mundial en expansión con la que tenemos muchos intereses estratégicos comunes. Por medio de una asociación fuerte con la India es como mejor podemos afrontar cualquier diferencia y forjar un futuro dinámico.

La relación de Estados Unidos con China es una parte importante de nuestra estrategia para que la región asiática del Pacífico sea una zona estable, pacífica y próspera. Damos la bienvenida al surgimiento de una China fuerte, en paz y próspera. El desarrollo democrático de China es crucial para el futuro. No obstante, 25 años después del comienzo del proceso de despojarse de lo peor del legado comunista, los dirigentes chinos aún no han abordado los cambios

fundamentales referentes al tipo de Estado. Al persistir en aumentar su capacidad militar como una amenaza para sus vecinos en la región Asia-Pacífico, China está siguiendo un camino desfasado que, al final, va a dificultar el camino de su propia grandeza nacional. Con el tiempo, China descubrirá que la libertad social y política son las únicas fuentes de esa grandeza.

Estados Unidos persigue una relación constructiva con una China en proceso de cambio. Ya tenemos una buena cooperación en torno a aquellos intereses en los que coincidimos, entre los que se incluyen la actual guerra contra el terrorismo y el apoyo a la estabilidad de la península de Corea. Igualmente, nos hemos coordinado con respecto al futuro de Afganistán y hemos iniciado un diálogo global sobre contra-terrorismo y asuntos de transición semejantes. El compartir las mismas amenazas en cuanto a salud y medio ambiente, tales como la extensión del sida, nos anima a impulsar de manera conjunta el bienestar de nuestros ciudadanos.

El hacer frente a estas amenazas transnacionales hará que China se abra más en materia de información, que impulse el desarrollo de la sociedad civil y aumente los derechos humanos individuales. China ha empezado a caminar por la senda de la apertura política al permitir muchas de las libertades de la persona y al llevar a cabo elecciones municipales, sin embargo aún permanece fuertemente entregada al gobierno de un único partido, el Partido Comunista. Aún queda mucho trabajo por hacer para que esta nación se haga verdaderamente responsable de las necesidades y aspiraciones de sus ciudadanos. Sólo permitiendo que el pueblo chino piense, se reúna y rece con libertad podrá China alcanzar su pleno desarrollo.

Nuestra relación comercial se beneficiará de la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio, la cual dará más oportunidades a la exportación y, en última instancia, más puestos de trabajo para los granjeros americanos, los trabajadores y las compañías. China es nuestro cuarto socio comercial, con más de 100 billones de dólares en relaciones comerciales bilaterales. El poder de los principios del mercado y los requerimientos de la OMC de transparencia y responsabilidad harán que avance la apertura y el imperio de la ley en China y ayudarán a que se establezcan las protecciones básicas para el comercio y los ciudadanos. Hay, sin embargo, otras áreas en las que tenemos profundos desacuerdos. Nuestro compromiso con Taiwán para su auto-defensa, según el Acta de Relaciones con Taiwán, es uno de ellos. Los derechos humanos es otro. Esperamos que China se adhiera a los compromisos de no-proliferación. Trabajaremos para reducir las diferencias donde existan, pero no permitiremos que sea obstáculo para la cooperación en lo que estamos de acuerdo.

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 produjeron un cambio fundamental en el contexto de las relaciones de Estados Unidos con otras potencias importantes y abrieron nuevas y vastas oportunidades. Con nuestros antiguos aliados en Europa y Asia, y con los líderes de Rusia, India y China,

debemos poner en marcha agendas activas de cooperación para impedir que estas relaciones devengan rutinarias e improductivas.

Cada una de las agencias del gobierno de Estados Unidos comparte el reto. Podemos crear hábitos de consulta que sean fructíferos, debates sosegados, análisis serios y una acción común. A largo plazo, éstas son las prácticas que sustentarán la supremacía de los principios que nos unen y que mantendrán abierto el camino del progreso.

## **IX. Transformar las instituciones de la seguridad nacional para hacer frente a los retos y las oportunidades del siglo XXI**

Los terroristas atacaron un símbolo de la prosperidad americana. No afectaron a sus fuentes. América triunfa gracias al trabajo, la creatividad y el carácter emprendedor de sus gentes [presidente Bush, Washington, D.C. (Sesión conjunta Congreso-Senado), 20 de septiembre, 2001].

Las principales instituciones de la seguridad nacional americana fueron diseñadas en una época diferente para hacer frente a diferentes exigencias. Todas ellas deben ser transformadas.

Es hora de reafirmar el papel esencial de la fuerza militar americana. Debemos construir y mantener nuestras defensas a un nivel superior al de los retos. La prioridad esencial de nuestro ejército es defender a Estados Unidos. Para hacerlo de manera efectiva, nuestro ejército debe:

- afianzar a nuestros aliados y amigos;
- disuadirles de futuras competencias en materia militar;
- impedir que se produzcan amenazas contra los intereses de Estados Unidos, de sus aliados y amigos; y
- derrotar con contundencia a cualquier adversario si no se logra disuadirle antes.

La fuerza sin parangón de las fuerzas armadas estadounidenses, y su posición de vanguardia, es lo que ha mantenido la paz en algunas de las regiones más vitales desde el punto estratégico en el mundo. Sin embargo, las amenazas y los enemigos a los que nos tenemos que enfrentar han cambiado, y lo mismo deben hacer nuestras fuerzas. Un ejército estructurado para detener a los ejércitos de la era de la guerra fría se debe transformar para centrarse más en el cómo un adversario podría luchar, antes que en el dónde y cuándo una guerra podría tener lugar. Canalizaremos nuestras energías para vencer una gran cantidad de retos de carácter operacional.

La presencia de las fuerzas americanas en el exterior es uno de los símbolos más claros de los compromisos de Estados Unidos con sus aliados y amigos. A través de nuestra disponibilidad para usar la fuerza en defensa propia y

en defensa de los demás, Estados Unidos demuestra su resolución a mantener un equilibrio de poder que favorezca la libertad. Para lidiar con la incertidumbre y para hacer frente a los múltiples retos que se nos presentan, Estados Unidos requerirá bases y estaciones en Europa occidental y en el noreste asiático, además de disponibilidades para accesos temporales que permitan el despliegue de las fuerzas americanas de larga distancia.

Antes de la guerra en Afganistán, esa zona no ocupaba una posición prioritaria en la lista de los grandes planes para casos de emergencia. Sin embargo, en un breve espacio de tiempo, tuvimos que actuar a lo largo y ancho de esa remota nación, haciendo uso de todos los cuerpos de las fuerzas armadas. Debemos prepararnos para más despliegues de ese tipo, y hay que hacerlo por medio de bazas tales como los sistemas avanzados de sensores remotos, armas para dar golpes con precisión y de largo alcance, y la transformación de las fuerzas de maniobra y expedicionarias. Esta amplia cartera de la fuerza militar debe también incluir el poder militar para defender la patria, dirigir las operaciones de información, asegurar el acceso de Estados Unidos a los teatros de operaciones alejados, proteger las infraestructuras fundamentales americanas y las ventajas de las que disponemos en el espacio exterior.

Vamos a innovar las fuerzas armadas, y lo haremos a través de la experimentación con nuevas concepciones militares, el reforzamiento de las operaciones conjuntas, el aprovechamiento de las ventajas del sistema de inteligencia americano y sacar el máximo de provecho de la ciencia y la tecnología. También debemos cambiar el funcionamiento del Departamento de Defensa, especialmente la organización financiera, la de reclutamiento y retención. Finalmente, al tiempo que mantenemos nuestra presteza y poder militar para luchar contra el terrorismo en el plazo corto, el objetivo debe ser proporcionar al Presidente una mayor variedad de opciones militares que disuadan la agresión o cualquier forma de coerción contra Estados Unidos, nuestros aliados y nuestros amigos.

Sabemos por la Historia que la disuasión puede fracasar; y sabemos por experiencia que a algunos enemigos no se les puede disuadir. Estados Unidos debe mantener la fuerza necesaria para derrotar cualquier intento del enemigo —ya sea un Estado o no— de imponernos su voluntad, a nosotros, a nuestros aliados o a nuestros amigos. Mantendremos las fuerzas militares suficientes que nos permitan cumplir con nuestras obligaciones y defender la libertad. Nuestras fuerzas serán lo suficientemente fuertes como para disuadir a potenciales adversarios de que persistan en su escalada militar con la esperanza de sobrepasar o igualar el poder de Estados Unidos.

El servicio de inteligencia —y cómo lo usamos— es nuestra primera línea de defensa contra el terrorismo y la amenaza lanzada por Estados hostiles. Diseñado con la prioridad de reunir gran cantidad de información acerca de un gran objetivo fijo —el bloque soviético—, esta organización se enfrenta ahora con el reto de seguir unos objetivos mucho más complejos y escurridizos.

Debemos transformar nuestro potencial en materia de inteligencia y construir uno nuevo que pueda mantenerse a la altura de la naturaleza de estas nuevas amenazas. La inteligencia debe estar adecuadamente integrada en nuestros sistemas de defensa y policial y en coordinación con nuestros aliados y amigos. Necesitamos proteger el poder militar que tenemos para no dar bazas al enemigo y que descubra cómo mejor sorprendernos. Quienes quieran hacernos daño también buscan el beneficio de la sorpresa para limitar nuestras opciones de prevención y respuesta y para hacer el mayor daño posible.

Debemos fortalecer el poder de advertencia y de análisis del servicio de inteligencia para que proporcionen valoraciones conjuntas sobre las amenazas a la seguridad de nuestra nación y de nuestra patria. Dado que las amenazas provenientes de gobiernos extranjeros y grupos pueden ser controladas desde el interior de Estados Unidos, debemos asegurar también que haya una adecuada fusión en materia de información entre el servicio de inteligencia y la policía.

Las iniciativas en esta área incluirán:

- el fortalecimiento de la autoridad del director de la Central de Inteligencia para dirigir el desarrollo y las acciones del servicio de información en el exterior;
- el establecimiento de un nuevo marco para el servicio de información que provea de una información perfecta e integrada proveniente de todo el espectro de amenazas a las que se enfrenta nuestra nación y nuestros aliados;
- seguir desarrollando nuevos métodos para recoger información que nos permita mantener nuestra ventaja en materia de inteligencia;
- la inversión en armas futuras al tiempo que se trabaja para protegerlas, esforzándonos para evitar que ese armamento se vea en situaciones comprometidas; y
- recoger toda la información aportada por análisis provenientes de todo tipo de fuentes referente al peligro terrorista y que afecte a todo el Gobierno.

Al igual que el gobierno de Estados Unidos confía en las fuerzas armadas para defender los intereses de América, del mismo modo debe apoyarse en la diplomacia para relacionarse con las otras naciones. Aseguraremos que el Departamento de Estado recibe fondos suficientes para que la diplomacia americana tenga éxito. El Departamento de Estado se pone al frente en el control de las relaciones bilaterales con otros gobiernos. Y en esta nueva era, sus gentes e instituciones deben ser capaces de relacionarse con igual habilidad con organizaciones no gubernamentales y con instituciones internacionales. Los funcionarios formados principalmente en política internacional deben también llegar a comprender los complejos temas relativos a la política interior en todo el mundo, tales como salud pública, educación, policía, sistema judicial y diplomacia.

Nuestros diplomáticos están prestando servicio en primera línea en complejas negociaciones, en guerras civiles y otras catástrofes humanitarias. Conforme a todo lo que la ayuda humanitaria lleva consigo, se entiende cada vez mejor que debemos también ser capaces de formar fuerzas policiales, sistemas judiciales y leyes, instituciones de gobierno locales y provinciales y sistemas electorales. Se necesita una cooperación internacional efectiva para llevar a cabo estos objetivos, con el apoyo de la disposición americana a cumplir su papel.

Así como nuestras instituciones diplomáticas deben adaptarse de tal manera que podamos tender la mano a los demás, de igual forma necesitamos que los esfuerzos para hacer llegar la información tengan un enfoque diferente y más global con el fin de que puedan ayudar a la gente en todo el mundo a conocer y entender América. La guerra contra el terrorismo no es un choque de civilizaciones. Sin embargo, revela el choque en el interior de las civilizaciones, una batalla por el futuro del mundo musulmán. Es una lucha de ideas y ésta es un área en la que América debe sobresalir.

Tomaremos las acciones necesarias para asegurar que nuestros esfuerzos por afrontar nuestras obligaciones con la seguridad global y la protección de los americanos no se vean afectados por las posibles investigaciones, indagaciones o persecuciones por el Tribunal Internacional de Justicia (TIJ), cuya jurisdicción no es extensiva a los americanos y no debemos aceptar. Trabajaremos junto con otras naciones para evitar problemas en asuntos de cooperación y operaciones militares, y lo haremos a través de mecanismos tales como acuerdos multilaterales y bilaterales que protejan a los ciudadanos americanos del TIJ. Pondremos totalmente en práctica el Acta de Protección a los Miembros del Servicio Americano, cuyas disposiciones están hechas para asegurar y aumentar la protección del personal y los oficiales americanos.

En los próximos años adoptaremos fuertes medidas para asegurar el nivel y la colocación adecuada del gasto del Gobierno en materia de seguridad nacional. El Gobierno de Estados Unidos debe fortalecer sus defensas para ganar esta guerra. En casa, nuestra prioridad más importante es proteger la patria para el pueblo americano.

Hoy en día, la distinción entre asuntos externos e internos es cada vez menor. En un mundo globalizado, lo que acontece más allá de las fronteras americanas produce un gran impacto en el interior de esas mismas fronteras. Nuestra sociedad debe estar abierta a las personas, ideas y productos procedentes de todo el mundo. Las características que más valoramos —nuestra libertad, nuestras ciudades, nuestros sistemas de desplazamiento y nuestra vida moderna— son vulnerables al terrorismo. Esta vulnerabilidad persistirá hasta que llevemos ante la justicia a los responsables de los ataques del 11 de septiembre. A medida que pasa el tiempo, algunos individuos pueden tener acceso a medios de destrucción que hasta ahora sólo podían manejar los ejércitos, las armadas y los escuadrones. Éste es un nuevo aspecto de la vida. A pesar de él, nos adaptaremos y triunfaremos.

En el ejercicio de nuestro liderazgo, respetaremos los valores, opiniones e intereses de nuestros amigos y socios. No obstante, estaremos preparados para actuar en solitario cuando nuestros intereses y nuestras propias responsabilidades así lo requieran. Cuando no estemos de acuerdo con aspectos particulares, explicaremos de manera franca y directa los motivos de nuestras preocupaciones y nos esforzaremos por impulsar alternativas viables. No permitiremos que tales desacuerdos oscurezcan nuestra determinación en asegurar, junto con nuestros aliados y amigos, los valores e intereses fundamentales que compartimos.

Finalmente, la base de la fuerza americana reside en nuestra propia nación. Está en las características de nuestro pueblo, en el dinamismo de nuestra economía y en la capacidad de resistencia de nuestras instituciones. Una sociedad diversa y moderna tiene una energía inherente, ambiciosa y emprendedora. Nuestra fuerza proviene de lo que hacemos con esa energía. Es aquí donde nuestra seguridad nacional comienza.

*[Traducción: Francis Seguí]*